

PUNTO DE VISTA

—POR ÓSCAR LANDERRETCHÉ—
Director Maestría en Política Pública de la
Universidad de Chile



Chile no está disponible

La mejor hora de la política exterior chilena ocurrió el año 2003. Ricardo Lagos era presidente y Chile integraba el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Bajo amenaza de represalias comerciales y corte de suministros militares, se le dijo que no a la solicitud del Presidente Bush de votar a favor de la invasión de Irak.

Recuerdo muy bien el momento. Con mi señora estábamos estudiando en Estados Unidos. Habíamos vivido los atentados del 9-11, en la mismísima ciudad desde donde salieron los aviones. Habíamos presenciado el traumático cambio de estado de ánimo de ese país. Las casas ya no exhibían la bandera arcoíris, sino la de los marines; en los aeropuertos funcionarios histéricos te gritaban cuando te revisaban los zapatos y las jugueterías progresistas ahora estaban llenas de juguetes bélicos. Estados Unidos quería venganza y Afganistán no era suficiente. Se sentía. Se oía. Hasta cierto punto uno entendía lo que les pasaba pero, a la vez, sabía los estropicios que puede dejar un imperio cuando pierde el control y desata su colosal fuerza para satisfacer instintos primarios.

El día que Chile votó en contra de la invasión de Irak yo estaba en una sala de computadores del MIT leyendo noticias mientras corría un programa para alguno de mis papers. Confieso que cuando salió la noticia en la prensa gringa se me llenó el alma de orgullo. Pecho de palma. Eso sí, me contuve, estaba rodeado de americanos. Me controlé pero creo que se me notaba en la cara. Se me acercó un compañero español y me abrazó los hombros, una amiga argentina me susurró un "mirá vos los chilenitos".

Recuerdo de esos tiempos algunas voces que presionaban para que Ricardo Lagos capitulara frente a las presiones y amenazas. ¿Se acordarán? ¿No? Yo me acuerdo. ¡Qué vergüenza! Quizás era esperable que el Presidente que apuntó en vivo al dictador a la cara también fuera capaz de pararse en el escenario mundial y decirle que no

a los desvaríos imperiales de Bush. Además, después de años todo el mundo se ha ido enterando que Lagos tenía razón. Mucha razón. Le suele pasar al Presidente.

Es posible que nos veamos ante situaciones similares en los años que vienen.

La gente se confunde respecto a la política comercial de Donald Trump. Uno suele escuchar esto de que su segunda presidencia podría traer una nueva era de proteccionismo debido a los anuncios de aranceles a diestra y siniestra. Pero la política insinuada no es exactamente proteccionista, si no, no estaría sugiriéndose un tratado de libre comercio con la Argentina de Milei. Lo de Donald Trump no es proteccionismo, sino mercantilismo.

Mercantilismo es el nombre que se da a las doctrinas económicas de las potencias imperiales europeas durante los siglos XVI al XVIII. En esos tiempos el mundo era dominado por los imperios mercantiles de Inglaterra, Portugal, Francia, España y Holanda que competían ferozmente por prevalecer. Cada uno de ellos pretendía dominar posesiones coloniales y rutas comerciales. Las querían para sus proyectos imperiales y por ello buscaban excluir de ellas a las potencias rivales. En estricto sentido eran partidarios del comercio, pero el comercio dentro de su imperio. Eso sí, a las colonias se les prohibía producir ciertos productos estratégicos para privilegiar la producción en el centro imperial... hacían *on shoring* los mercantilistas. Durante el mercantilismo se produjo una enorme expansión del intercambio global. Comenzaron las exportaciones de manufacturas como telas y armas hacia las colonias y Europa se llenó de *commodities* importados: té, algodón, azúcar, especias... etc. En muchos casos esos productos se obtenían subyugando y explotando a poblaciones locales, anexando territorios y luego exportando hacia las capitales europeas. No era un comercio libre, pero sí era un sistema de intercambio imperial. No era la forma de comerciar que encontramos aceptable hoy, pero era comercio al fin y al cabo. Comercio mercantilista.

Una forma de racionalizar a Trump es

entender que él cree en un mundo mercantilista donde los países debemos escoger en qué órbita imperial vamos a estar: ¿Con Estados Unidos o con China? ¿Con el G-7 o los BRICS? En años recientes hemos tenido algunos incidentes que insinúan que este giro estratégico mercantilista norteamericano va más allá de Trump: pasaportes, litio... etc. Esperemos que esta tendencia no siga, pero hay un justificado temor de que esto se profundice con su segunda presidencia. Guerras comerciales con China, delirios imperialistas de anexar Groenlandia y el canal de Panamá, obsesiones narcisistas sobre cambiar el nombre del Golfo de México. Suena a mercantilismo, huele a mercantilismo, camina como mercantilismo...

Esto puede ser un problema para Chile. Nuestro país tiene una estructura exportadora bastante diversificada en términos de clientes: hay sectores, como la minería o las cerezas que se centran en China, hay otros como los salmones y la uva para los que Estados Unidos es central. Nosotros no estamos interesados en guerras comerciales ni mercantilismo ni "niuna" cuestión. Somos un país pequeño y abierto. Queremos un régimen internacional de comercio abierto basado en reglas, no en áreas de hegemonía y cortes imperiales. Queremos instituciones multilaterales justas y un estado de derecho para el comercio global.

Para eso debemos sostener, religiosamente, una política de Neutralidad Estratégica Comercial (NEC). Yo sugeriría a la Cancillería elaborar este concepto, documentarlo, difundirlo e instalarlo como pilar de nuestra diplomacia económica. Sugeriría, además, comenzar a hacer análisis estratégico sobre cómo sostenerlo en diferentes escenarios globales.

Así y todo es posible que los delirios de Trump nos lleven a situaciones incómodas en las que nos quiera forzar a participar de sus guerras mercantilistas. Si es así, quizás resulte útil recordar la respuesta del presidente Lagos a las presiones de Bush cuando le dijo que para eso "Chile no está disponible".